

La primera vez que volé en avión

por Alfredo Gómez Cerdá

Cuando era pequeño solía ir al cine varias veces a la semana, sobre todo los sábados y domingos. En todos los cines de mi barrio ponían dos películas en sesión continua, lo que quería decir que podías verlas varias veces, si te apetecía. Echaban películas de todo tipo, pero las que más abundaban eran las de guerra. Siempre luchaban los americanos contra alguien. Contra los alemanes, contra los coreanos, contra los japoneses... Como las películas eran americanas, siempre ellos eran *los buenos*. Y los otros, *los malos*. Algunas veces, echaban películas de guerra entre españoles y, en estos casos, también *los buenos* y *los malos* eran siempre los mismos.

A Juanjo y a mí nos gustaban estas películas. Teníamos la cabeza llena de soldados, de carros de combate, de submarinos, de aviones... Para colmo, a la hora de leer elegíamos unos tebeos que se llamaban *Hazañas bélicas*. Aquellos tebeos eran una verdadera ensalada de bombas. En muchas ocasiones teníamos la sensación de que las balas se salían del papel dibujado y nos rozaban la nariz, o las orejas...

Ni Juanjo ni yo comprendíamos entonces el porqué de aquel derroche de propaganda bélica, de aquellos alardes de aniquilamiento, de aquellos ar-

mamentos destructores que llenaban los tebeos, de aquel horror que enmudecía los cines... Debía de ser que los vencedores, los de allí y los de aquí, siempre tan arrogantes, querían dejar constancia de su victoria en todas partes.

Lo curioso es que vivíamos tiempos de paz. Eso, al menos, decían los periódicos, la televisión, algunos carteles pegados por las calles de la ciudad... *Veinticinco años de paz*. Lo recuerdo muy bien. ¡Veinticinco años! ¡Eso era el doble de nuestras vidas! Pero en aquellos tiempos de paz, como a tantos otros niños, a Juanjo y a mí lo que más nos gustaba era jugar a la guerra.

Vivíamos en la periferia de la ciudad, muy cerca de un aeropuerto. De vez en cuando, salíamos del barrio y nos alejábamos un poco. Cruzábamos un arroyo maloliente, sorteábamos un par de fábricas, coronábamos una pequeña elevación de terreno y, ante nuestros ojos un poco asombrados, aparecía el aeropuerto. Nos sentábamos en el suelo y nos pasábamos las horas viendo cómo aterrizaban y despegaban los aviones.

—¡Mira, mira! ¡Ése es americano!

—¡Y aquél, alemán!

—¡Y el que está aterrizando, español!

Los aviones no eran como los de las

películas de guerra, ni como los de los tebeos de *Hazañas bélicas*. Eran más modernos y más grandes. No transportaban bombas, sino pasajeros y mercancías.

Había un lugar que a Juanjo y a mí nos gustaba especialmente. Era una pequeña explanada, con dos o tres árboles, situada justo donde la pista de despegue terminaba. Por un lado, la delimitaba una alta tela metálica, que cortaba el paso hacia el aeropuerto; por el otro, una pequeña carretera. Cerca de esa carretera había un barrendero, que en verano sacaba sus sillas a un emparrado contiguo, para que los clientes tomasen el fresco, además de la merienda.

Juanjo y yo nos sentábamos en aquella explanada y esperábamos pacientemente a que el ruido atronador de los motores de un avión comenzara a aproximarse.

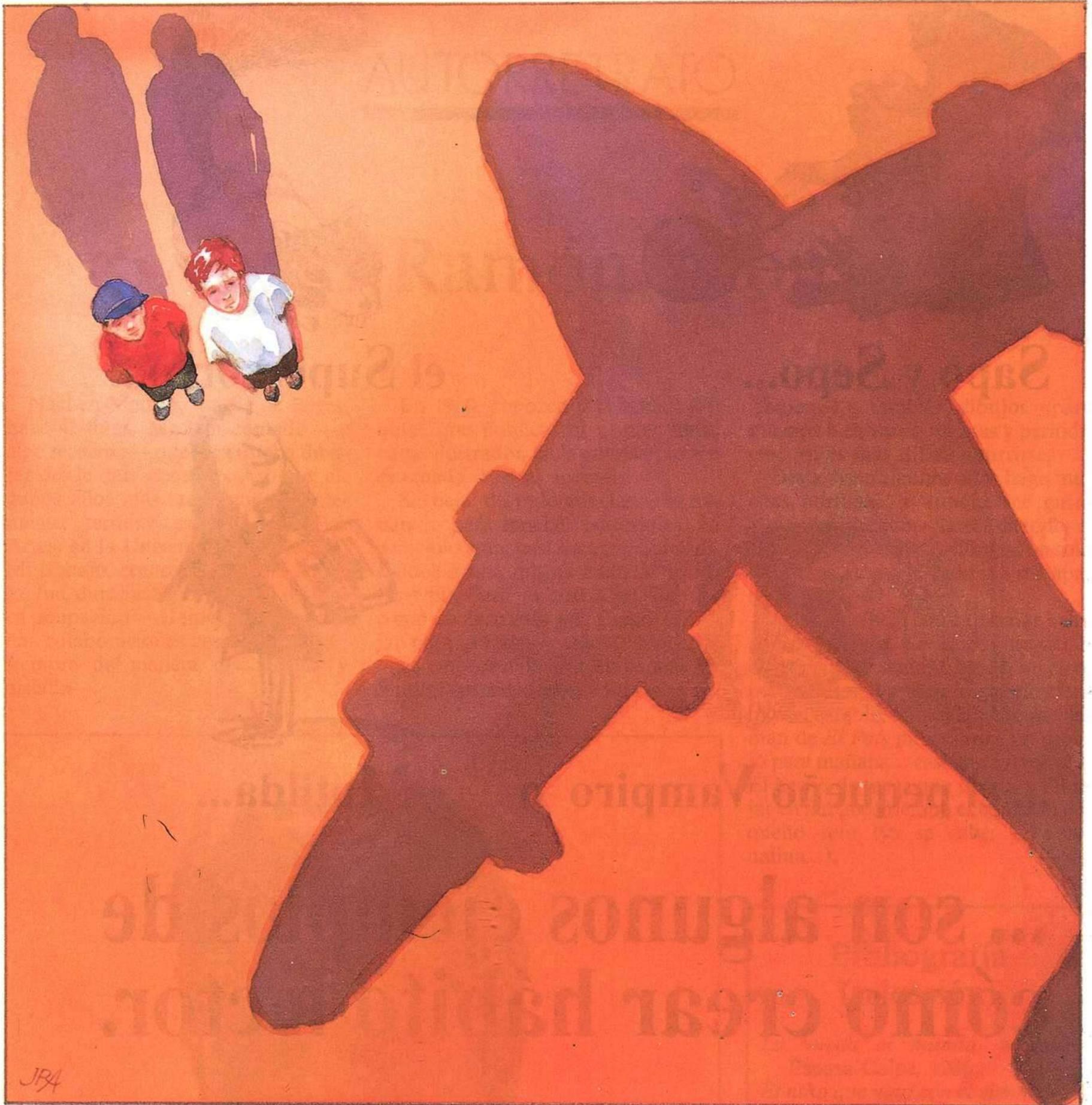
—¿Oyes?

—Sí. Es de los grandes.

—¡Preparados los cañones antiaéreos!

—¡Preparadas las ametralladoras!

Nos imaginábamos, como habíamos visto en tantas películas y en tantos tebeos, que manejábamos un gran cañón y una potente ametralladora. Nuestra misión era, por supuesto, derribar aquel avión, perteneciente sin duda al ejército enemigo.



JUAN RAMÓN ALONSO.

—¡Ahora, Juanjo! —gritaba—. ¡Ahora o nunca!

—¡Acabemos con él antes de que descubra nuestra posición!

—¡Fuego!

Y los dos comenzábamos a disparar con nuestros dedos, mientras nuestras bocas se deshacían en una interminable pederreta. El avión, enorme y majestuoso, atronador, aparecía ante nuestros ojos, comenzando a tomar altura, metiendo aún el tren de aterrizaje...

—¡Que no escape!

—¡Creo que le he dado en un ala! Era el juego de la guerra, al que los niños de mi época tanto jugábamos.

Todavía no entiendo por qué Juanjo y yo, cuando crecimos, comenzamos a odiar la guerra y todo lo que nos la recordase: los uniformes de guerra, las canciones de guerra, los aviones de guerra, las medallas de guerra... Cuando nos hicimos mayores, ni Juanjo ni yo quisimos hacer la mili. Yo tuve suerte, me libré por corto de vista. Juanjo se marchó del país y desde entonces no he vuelto a saber de él.

Muchos años después, cuando volé por primera vez en un avión, al despegar, miraba atentamente por la ventanilla tratando de localizar una pequeña explanada, al final de la pista. Acerqué mi rostro al cristal de la ventanilla. Buscaba ávidamente a dos niños, que deberían estar por allí, disparando sus balas de pederreta contra el avión.

Allí seguían la explanada, la carretera, el bar-merendero... Pero los niños, afortunadamente, no estaban.